

LA PRESENCIA DE RAMON LLULL EN FRANCIA

Me propongo tratar de la influencia de Llull en Francia, influencia que va desenvolviéndose a lo largo de los siglos, desde la época muy remota en la cual el Beato escribía su admirable *Blanquerna* en Montpellier, hasta nuestros días. Pero, desde el principio hay que tener cuidado. Como lo escribió con tanta magnificencia, el profesor Joaquín Carrera Artau, en su admirable *Esbozo de una historia filosófica del lulismo* (tomo segundo de la *Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, publicada por su difunto hermano Tomás y él mismo), como, pues, escribió mi venerado amigo: "Hay un lulismo de Llull y un lulismo de los lulianos".

Hablar del lulismo, en efecto, y más especialmente aquí del lulismo en Francia, es evocar a la vez el verdadero lulismo, el que está conforme con el pensamiento de Llull, pero es evocar también el antilulismo. Pues, tanto como lo señaló Joaquín Carreras, la historia del lulismo tiene "un carácter esencialmente dramático". Llull fue un luchador, pero la historia del lulismo es también una lucha entre dos corrientes de pensamiento contradictorios: uno que lleva el pensamiento auténtico de su gran compatriota, otro que quiere oponerse a él.

¡Más aún! Y esto, lo ha dicho también Joaquín Carreras: "Para que nada faltase, también el factor afectivo, como en los tiempos heroicos del Doctor Iluminado, ha contribuido a la prolongación de ese singular drama doctrinal". Nació de esto unseudolulismo del cual tendremos que hablar, tanto más que, así como sigue notándolo Joaquín Carreras, a pesar de ser una desfiguración y una falsificación del verdadero-lulismo, no dejó de contribuir "a multiplicar la popularidad de la filosofía luliana hasta lo indecible, atribuyendo a su autor propósitos que jamás tuvo y aureolándole de paso con la fama póstuma de alquimista y aun de inventor científico".

Las citas que tomo a mi venerado amigo, el eminente historiador del lulismo, el profesor Joaquín Carreras, son ya de hace un cuarto de siglo. Sin embargo quedan siempre en la actualidad, en Francia por lo menos. ¡Bien lo podrá juzgar el lector! En un libro recién publicado (Jean Ryeul, *La légende de Raymond Lulle, le docteur illuminé*, Paris, Les éditions des Champs-Élysées, 1965), el prefacio (por el señor G.B. de Surany) titulado: *Raymond Lulle alchimiste*, acaba con estas palabras: "Ramón Llull era sin ningún género de duda alquimista y, por las instrucciones de Arnau de Vilanova, entendía en producir el oro del cual tenía necesidad".

Lo más grave es que obras formales se hacen eco de esa leyenda, tal la *Histoire de la Science* (Enciclopedia de la Pleiade, primera edición, Paris, 1957). En dicha *Historia de la ciencia*, se puede leer particularmente (página 345): "Entre los autores más célebres de escritos o de obras alquimistas de la segunda mitad del siglo XIII y del principio del XIV, retendremos aquí dos particularmente característicos, Arnau de Vilanova y Ramón Llull".

¡Ahora bien! Ni Arnau de Vilanova, ni Ramón Llull eran alquimistas ¡No importa! Hoy se les considera aún como tales en Francia.

No es el momento de hablar aquí de Arnau de Vilanova, del cual habría mucho que decir, fundándonos en las obras del profesor Joaquín Carreras, ya citado, y en las del Reverendo Padre Miguel Batllori.

Para atenernos a nuestro asunto, de buena gana, titularíamos nuestras palabras: *Aventuras y desventuras de Llull en Francia*. Se trata, en efecto, de una inmensa aventura.

Empezó hace ya más de siete siglos. Llull es un mallorquín, es decir un catalán. Esto es incontestable. Nacido y muerto en Palma, aquí mismo. Fui aún a recogerme ante su tumba, en la Iglesia San Francisco. Pero cuantas tribulaciones entre el nacimiento y la muerte del más ilustre mallorquín!

Nacido en Palma, muy joven es paje al lado del gran Jaime el Conquistador (Jaume el Conqueridor), con residencia ordinaria en Montpellier. Después de convertirse, hace ahora un poco más de siete siglos, quería ir a París: "Deliberà d'anar al gran Estudi de París per pendre aquí gramàtica e altres ciències", se puede leer en la *Vida coetània catalana*, excelentemente editada por el Reverendo Padre Batllori. En realidad, regresa a Palma, y mucho tiempo después, vuelve a Francia, primero a Montpellier donde escribirá, entre otras obras, el admirable *Blanquerna*, y después a París, donde expondrá (en la aula de Berthold de Saint-Denys, canciller de la Universidad) su *Art abreujada d'atropar veritat*. Estamos, entonces, en la época del reinado de Felipe el Hermoso, nieto, por su madre, de Jaime el Conquistador. Ramón Llull como sabemos, pasará en París cuatro temporadas, y la última será recordada por su lucha contra el averroísmo. En París, es donde escribe dos obras de la más gran importancia: el *Libre de meravelles* y el *Arbre de filosofia d'amor*. Llull pasa también temporadas en Lyon donde empieza su *Ars generalis et ultima*, en Vienne, donde asistará al concilio en 1311, y naturalmente en Montpellier.

Es en París donde el grupo luliano más importante se constituye y está, al parecer, integrado por cartujos, franciscanos y clérigos seculares. Durante su larga y última estancia en París, entre los años 1309 y 1311, Ramón Llull hace el relato de su vida, relato que recogido por manos anónimas -quizá las del canónigo Thomas le Myésier- constituye un interesantísimo documento biobibliográfico, es a saber la *Vita coetanea*, traducida al catalán al siglo siguiente y que he ya citado.

Conocemos dos nombres de este grupo luliano de París: el de Pierre Lacépierre (o sea Pedro de Limoges) y el de Thomas le Myésier, natural de Arras. Pierre de Limoges es una personalidad de su tiempo. Decano de los maestros parisienses en medicina, orador notable que nos ha legado fragmentos de su predicación en lengua vulgar, es decir en limosin (o lengua d'oc), Pierre de Limoges es asimismo un teólogo y un filósofo. Fué muy leído durante la Edad Media un curioso tratado suyo, *De oculo morali*, de base científica y de intención mística. En su biblioteca de más de ciento veinte volúmenes que lega a la Sorbona, en 1306, poco antes de morir, figuran una serie de obras de Ramón Llull pertenecientes a su primera época literaria, más una traducción francesa del *Blanquerna*, que por vez primera, he publicado.

Thomas le Myésier, canónigo, *socius sorbonicus* hacia 1287 y luego maestro en medicina, desempeña un papel excepcional en el primer período del lulismo parisiense. Entró en 1310 como médico al servicio de Mahaut, condesa de Artois y de Borgoña. Hacia 1299, Thomas le Myésier envía a Ramón Llull una carta con el ruego de que le resolviera una serie de preguntas. Llull contesta en un tratado, conocido por *Quaestiones attrebatenses*, y precedido de una carta. Esta correspondencia es indicio de una amistad personal, que con el tratado se estrecha aún más. Llull adivinó en Thomas le Myésier un excelente divulgador de sus doctrinas. Por su parte, Thomas le Myésier empezó por reunir una copiosa biblioteca luliana, que llegó a sumar ciento cincuenta y cinco títulos, y proyectó también una grandiosa compilación de las obras lulianas.

Esta compilación es llamada *Electorium*, porque Thomas le Myésier elige entre los escritos lulianos. No sólo, pues, son omitidos en el *Electorium* algunos de los tratados lulianos que Thomas le Myésier posee, sino que, de los incluidos, una parte es mantenida en su texto íntegro, mientras otra queda inserta nada más en extracto. Thomas le Myésier ha también compuesto introducciones y prólogos, ha citado referencias y ha, por fin, intercalado textos de otros autores para reforzar la argumentación luliana. Así, Thomas le Myésier desenvuelve en nueve partes un plan muy amplio, cuyo momento culminante consiste en la exposición del *Arte universal*.

Este plan, que exige una gran labor de síntesis, es realizado por Thomas le Myésier en los años inmediatos a la muerte del Beato y terminado en 1325. El *Electorium*, impropio, por su volumen, para la publicidad, constituye la base para un compendio más manejable, el *Electorium medium*, que no verá la luz, pero del cual se ha extractado un resumen, intitulado *Breviculum*. Este libro ha sido estudiado por el maestro Jordi Rubió. Thomas le Myésier muere en 1336, y su biblioteca pasa a ser propiedad de la Sorbona.

En París, se constituyen, pues, dos importantes bibliotecas lulianas: una, por voluntad del Beato, en la Cartuja de Vauvert, y otra en la Sorbona. Ambas bibliotecas actúan en la génesis de un movimiento teológico luliano, muy pujante a fines del siglo XIV y a principios del XV en la Facultad de teología.

Ahora bien, la divulgación de las obras de Llull y el éxito creciente de sus doctrinas despertó muy pronto suspicacias y celos. Los primeros síntomas de este movimiento antiluliano aparecen ya en vida de Ramón Llull y, especialmente, en la Universidad de París. Allí, le son reprochadas a Llull tendencias racionalistas a propósito de demostrar los artículos de la fe con "razones necesarias". Por otra parte, el atrevimiento de la terminología introducida por Ramón Llull y la novedad de ciertos procedimientos de su *Arte* causan extrañeza. Ramón Llull es rápidamente denigrado, como un personaje motejado de "fantástico".

Bien sabemos que una asamblea de maestros y estudiantes de la Universidad de París le concede un testimonio de ortodoxia. Pero esto también prueba que las ideas de Llull ya son discutidas durante su vida. Cosa aun más grave, a mi parecer: después de la campaña antiaverroista que llevó en París desde mil trescientos nueve hasta mil trescientos once, Llull pide en vano al

Concilio de Viena que se declare contra el averroísmo. Ahora bien, no sólo Llull no gana la causa, sino que el abanderado del averroísmo parisiense, Jean de Jandun, llega a ser uno de los maestros atendidos por el Colegio de Navarra.

Por fin, la leyenda de Ramón Llull alquimista no tarda en nacer en París y en Montpellier. En París mismo, en mil trescientos diez y nueve, o sea tres años después de muerto el Beato, se escribe la primera obra de alquimia que lleva su nombre. Es el *De quinta essentia*. Esto nos explica que según Pierre de Brantôme, autor de las *Dames Galantes*, el jurisperito italiano Oldrado da Ponte, que murió en Aviñón en mil trescientos treinta y cinco, en la corte del papa Juan XXII, acoge ya la leyenda de Llull alquimista. El texto de Brantôme (segundo Discurso) es por lo demás muy raro. Es un revoltillo de todas las leyendas que han circulado a propósito de Llull. Brantôme escribe, en efecto, que Llull "fue a estudiar a París bajo la dirección de Arnau de Vilanova, después se retiró a Inglaterra". Allí "transmutó varios lingotes y barras de oro y plata en lingotes y barras de hierro, de cobre y de estaño, desdeñando este modo tan común y trivial de transmutar el hierro y el plomo en oro".

Todo esto no es muy serio. Dejemos pues a un lado el seudolulismo francés, para interesarnos más bien por el lulismo y las reacciones que suscita.

El centro geográfico y espiritual del lulismo francés fué París, desde donde se irradió hacia el Norte de Francia y la región vecina de Brabante. El movimiento se define, sobre todo, como un teología y una mística, que se servían del aparato formal del Arte, como de un instrumento.

En afinidad con las corrientes místicas y realistas de la época, se introduce en los círculos conventuales y universitarios, donde los textos del Beato són objeto de lecturas y base de comentarios. Pero el peripatetismo tomista y el nominalismo occamista le atacan. Los puntos de fricción máxima resultan ser, como lo ha notado el profesor Carreras, la concepción trinitaria y el uso de la terminología luliana en la distinción de las dignidades divinas.

He dicho ya que, en el lulismo parisiense, participan cartujos, franciscanos y clérigos seculares. De estos últimos conocemos a un probable discípulo de Thomas le Myésier, maestro en artes, doctor en medicina y en teología. Se llama Enrique Pastor, natural de Brabante. Un poco más tarde, un cartujo, cuyo nombre ignoramos, por desgracia, explicó sus lecciones en París. Promete resolver con las figuras y las letras del Arte luliana toda suerte de cuestiones.

El antilulismo parisiense toma cuerpo en dos manifestaciones, es a saber: un repudio oficial de las doctrinas lulianas por la Universidad y una actitud personal del canciller Gersón frente a ellas. El documento oficial en el que aquel repudio constaba, se ha perdido. Pero el mismo Gersón dice que este repudio consistió en un edicto de la Facultad de teología prohibiendo la enseñanza de las doctrinas lulianas, y en el envío de una carta a la Cartuja de Vauvert para notificación del edicto, al objeto de evitar la divulgación de las obras de Llull. Ignoramos la fecha exacta del repudio, pero puede situarse hacia 1390. Ignoramos asimismo las circunstancias que motivaron el repudio de la doctrina luliana por la Facultad de teología de París. Gersón dice, sola-

mente, que la Universidad cortó en flor el intento de introducir el lulismo en la enseñanza de la teología, y señala, como motivo principal de la prohibición, la extravagancia de la doctrina luliana.

Esta actitud oficial de la Facultad de teología de París frente al lulismo ha sido "respaldada", como dice el profesor Joaquín Carreras, por Gersón, con una polémica ardiente que hoy es posible rehacer a través de sus opúsculos. Reconoce Gersón que la doctrina de Ramón Llull contiene copiosos aciertos, por lo cual, a los ojos de muchos, pasa por ser una de las más elevadas y verdaderas. Pero también Gersón combate la doctrina luliana en algunos puntos concretos, como en el vocabulario, el empleo del alfabeto y de las figuras, la actitud mística, la alegación de *razones necesarias* a propósito de las verdades de fe, y otros más.

No entraré en los detalles de esta polémica. Diré solamente, después de mi venerado amigo, el profesor Carreras, que "la postura oficial adoptada por la Facultad de teología de París y la subsiguiente campaña de Gersón abren una nueva fase en el antilulismo medieval. La polémica adquiere un tono de serenidad y elevación. Gersón no escatima los elogios a Llull, y reconoce, sinceramente, la legitimidad de muchas de sus doctrinas y el mérito de muchas de sus obras.

En suma, la actitud de Gersón ha influido, considerablemente, en la historia del lulismo, tanto como en la del antilulismo francés. Y un antiluliano moderno, como es Descartes, reproducirá la actitud de Gersón, si bien para transportar al plano de la pura filosofía la cuestión del valor metodológico del Arte luliano.

Gersón muere en 1429. Ramón Sibiuda (Raymond Sebond) escribe su *Libro de las criaturas* de 1424 a 1436. Sabemos todos que Ramón Sibiuda era español, catalán más precisamente, y probablemente natural de Barcelona o de Gerona. Me inclino bastante a creer esta última hipótesis. Y por eso no es mi propósito atribuir a Francia a Ramón Sibiuda. Mas Ramón Sibiuda era profesor en Tolosa. Su obra fue traducida al francés por Montaigne, que le dedicó su ensayo más importante con el inadecuado título de *Apología de Ramón Sibiuda*. Es interesante, pues, para nosotros que Ramón Sibiuda haya sido lulista, que haya enseñado en Francia y que haya escrito un libro cuya influencia repercutirá a través de los *Essais* de Montaigne hasta Pascal. Por otra parte, a decir verdad, la influencia de Ramón Sibiuda no esperó a Montaigne para propalarse. Fue impresa, muchas veces, su obra, desde el fin del siglo XV, y al principio del siglo XVI, Lefèvre d'Étaples y Charles Bouvelles se hacen partidarios de ella.

Pero citar estos dos nombres es ya evocar el lulismo renacentista en Francia. Alma del movimiento es el humanista Jacques (Jaime) Lefèvre d'Étaples (1455-1537), a quien se debe la transformación del renacimiento literario de Francia en renacimiento filosófico y teológico. Es el *Libre de contemplació*, de Ramón Llull, en versión latina, que causa una honda impresión sobre Lefèvre d'Étaples. Y con esta peripecia renace en París la afición a Ramón Llull.

Es el afán de proselitismo que induce a Lefèvre d'Étaples a emprender las primeras ediciones de obras místicas de Llull, con las cuales comienza en Pa-

ris, y casi en Francia, la literatura luliana impresa. En efecto, si en Lyon, en 1491, han visto la luz dos obras de Llull, la *Disputatio Eremitae et Raymundi* y las *Quaestiones Attrebatenses*, es en París donde sale de las prensas tres años después, el *Liber de laudibus Beatae Mariae Virginis*, seguido del *De natali pueri parvuli Christi Jesu* y de muchas otras obras hasta el año 1516. Jacques Lefèvre d'Étaples no es por lo tanto un mero divulgador de los textos lulianos. Sus tareas editoriales están al servicio de una ambición más honda, cual es la de reformar el pensamiento y la vida de su tiempo. Su difusión de la doctrina luliana constituye una actividad importante de su programa. Gracias a Lefèvre d'Étaples, se puede decir que el lulismo penetra en los sectores dados a la vida contemplativa. Es este un fenómeno característico de la época.

Al círculo luliano de Lefèvre d'Étaples pertenece además Charles (Carlos) Bouvelles (1480-1553), natural de Picardía. Es un pensador profundamente influido por Ramón Sibiuda y por Nicolás de Cusa, así como por la Cábala y el pitagoreísmo.

La gesta más brillante del grupo luliano de Lefèvre d'Étaples es la introducción de la enseñanza del Arte luliano en la Universidad de París, de donde había estado proscrita durante la época de predominio del nominalismo, que empieza con Gersón y termina en la época del propio Lefèvre d'Étaples. Este había sido educado bajo el signo de Occam.

Así, pues, el verdadero introductor del lulismo en la Universidad de París es el franciscano Bernardo de Lavinheta maestro de Sagrada Escritura, ajeno a los círculos humanistas. Francés, ejerció su magisterio en Salamanca antes de ser profesor en París, en la Facultad de teología. Su actividad editorial es muy intensa, y la ejerce en París, en Lyon y en Colonia. Publicó obras de Ramón Llull y, además, en 1523, una obra propia intitulada *Explanatio compendiosa-que applicatio Artis Raymundi Lulli*, enciclopedia de los conocimientos, que se basa en la idea luliana del árbol de la ciencia. Es preciso observar que la enseñanza de Lavinheta y su actividad editorial ponen fin a la tendencia místico-humanista del lulismo encarnada por Lefèvre d'Étaples y sus discípulos. Inauguran, en cambio, una etapa de revalorización del Arte luliano, considerado como el método de la disputa y de la demostración racional por excelencia. En Lavinheta, este artificio lógico está puesto al servicio de los ideales religiosos. En él, renace pues la aspiración de Llull a probar los artículos de la fe, por razones necesarias, y a disputar con los infieles para convencerles de la falsedad de sus confesiones respectivas.

Diré, para terminar con esta época de lulismo francés, que, a pesar de las burlas de Rabelais en su *Pantagruel*, Llull estaba en boga en los medios intelectuales franceses desde Lefèvre d'Étaples y persiste a lo largo del siglo XVII, el siglo de Luis XIV. Sin embargo, el lulismo francés seiscentista ofrece, en comparación con el del siglo anterior, un panorama más borroso, en el que resulta difícil discernir sus varias corrientes.

Mas es menester señalar, desde ahora, la tendencia a la divulgación de las obras lulianas, bien en su forma original latina o mediante traducciones latinas o francesas. Con el propósito de promover una divulgación científica de ca-

rácter enciclopédico, Robert Le Toul, señor de Vassy, un noble al servicio del rey Luis XIII, emprende la tarea de verter al francés los tratados lógicos de Ramón Llull publicados por el editor Lázaro Zetzner en Strasburgo. Efectivamente, en 1632 y 1634 aparecen en París traducciones de l'*Ars brevis* y del *Ars generalis et ultima*. Es preciso añadir a estos textos publicados, otros inéditos hasta hoy, tal como el *Traité de la physique*, y el *Livre de l'entendement*.

d Al mismo momento se han publicado biografías de Ramón Llull. Una de las mejores es la del presbítero Perroquet, aparecida en Vendôme en 1667 y titulada: *La vie et le martyre du docteur illuminé le Bienheureux Raymond Lulle*. Pero la obra maestra en el género sale de la pluma del Padre Juan Maria de Vernon, religioso penitente de la Orden Tercera de San Francisco. Insertada en su *Historia general y particular del Orden de San Francisco*, la biografía de Ramón Llull ha sido publicada aparte, con el título: *L'histoire véritable du bienheureux Raymond Lulle* (París, 1668). Es un estudio de gran valor tanto por el conocimiento de Llull como del desarrollo del lulismo francés. El panorama que presenta del lulismo seiscentista es completo y muy matizado. Sería menester un día estudiar, cuidadosamente, esta obra, y veremos que, a pesar del juicio severo de Descartes sobre el Arte luliano (en el *Discurso del método* y en dos cartas enviadas a su amigo Isaac Beeckmann), la influencia de Llull permanece muy viva en estos tiempos.

Sería menester citar también los trabajos bibliográficos de Nicolás de Hauteville, los *Mirabilia Mirabilium Raymundi Lulli* de Juan Aubry, los libros de Hugo Carbonel y de Juan Belot que presentan el Arte luliano, como una clave segura para manejar los resortes de la memoria artificial. Belôt escrib, por ejemplo, un *Traicté de la mémoire artificielle ou l'Art de Raymond Lulle*.

A estas varias tendencias del lulismo francés seiscentista gana en vigor la corriente lógico-enciclopédica que representan el presbítero Pedro Morestel, el señor Pedro de Baudouin y el capuchino Fray Ivo de París. A este último debemos la enciclopedia más ambiciosa de inspiración luliana, aparecida en Francia en este periodo, cuyo título es: *Digestum Sapientiae*, que contiene una exposición de la ciencia universal o sabiduría, cuyos fundamentos el autor reconoce en el Arte de Ramón Llull. Una idea cardinal preside al *Digestum Sapientiae*, es a saber la reducción de las varias ciencias particulares a la unidad; de suerte que, por la fusión de sus principios, se constituye la ciencia universal. Y el procedimiento más eficaz para conseguirlo consiste en la reducción de los conceptos primarios de cada ciencia a los conceptos primarios lulianos.

Como se ve por esta sola enumeración, el pensamiento luliano no deja de ser indiferente a los Franceses del siglo XVII. Sería menester añadir además que el célebre Pedro Gassendi, sin ser un devoto de Llull, le consagra un capítulo de su *Syntagma philosophicum*, publicado en Lyon en 1649. Ramón Llull tiene su plaza al lado de Platón, de Aristóteles, de los estoicos y de Epicuro, a título de fundador de una lógica nueva que busca en el *Ars magna* y el *Ars brevis*.

Otros más, muy numerosos, se han interesado por Llull, muchas veces para despreciarlo o para atribuirle obras de alquimia. Es el caso del benedictino Juan Mabillon quién aconseja a sus monjes, como Gersón en otro tiempo,

que se abstengan de estudiar el pensamiento luliano, muy peligroso para la vida contemplativa y ascética! Es el caso del Padre Renato Rapin, quien acusa a Ramón Llull de haber aprendido de los árabes la alquimia y de haberla introducido en España y en Italia!

Sigamos adelante. Habría mucho que decir. Fontenelle, quien muere centenario, hará de Llull el héroe de uno de sus *Dialogues des morts*. Montesquieu citará a Llull en sus *Lettres Persanes*. ¿Quién no se interesa por Llull? Asistimos a pesar de todo a la decadencia del lulismo francés, a pesar de la obra considerable del Padre Pasqual y de los cuatro tomos de sus *Vindiciae Lullianae*, publicados en Aviñón en 1778. Pero, cada vez más, las producciones místicas y las obras teológicas o morales de Ramón Llull son echadas completamente en olvido. A lo sumo, los autores más enterados le dispensan una breve mención en la historia de la lógica como inventor de un artificio extravagante del pensar.

Las circunstancias desfavorables a Ramón Llull y al lulismo persistieron, y aun se agravaron, en el siglo XIX con la difusión del espíritu positivo. Llull fué entonces más incomprendido. Por fortuna, la investigación histórica, constituida, en ese mismo siglo, con un acendrado espíritu de objetividad, trajo consigo una inesperada reivindicación de Ramón Llull. Y no es preciso extrañarse si en Francia, el renacimiento de los estudios lulianos se debe en gran parte a la monografía de Littré y Haureau sobre Llull, que llena casi todo el volumen XXIX de la *Histoire littéraire de la France* (Paris, 1885).

Joaquín Carreras lo ha dicho ya y lo repetiré: "el sólido estudio de Littré-Haureau constituye un monumento fríamente arquitectónico, sin grandeza emotiva, si se quiere, pero -digámoslo en justicia- que abre una nueva era a la investigación biobibliográfica luliana, a la que aporta un avance decisivo. Amplia y severamente documentado(...), ha venido a ser el susodicho estudio una de las principales bases sobre las que historiadores y filósofos han podido establecer, en los últimos años, una nueva y más adecuada interpretación de Llull y su filosofía".

Ahora bien, al mismo tiempo, la publicación de los textos lulianos catalanes, iniciada en Mallorca por Rosselló y proseguida por hombres como Mateo Obrador, Salvador Galmés y otros, constituye, tal vez, el mejor monumento literario levantado a la obra de Llull. Asistimos, pues, a una revalorización del pensamiento filosófico de Ramón Llull, tanto en Francia como en España, o en otros países.

En Francia, a principios del siglo actual, Jean-Henri Probst, profesor en Tournon, sostiene sus tesis en Grenoble sobre *Caractère et origines des idées de Raymond Lulle* y sobre *Le lullisme de Raymond Sebond*. Unos años después, el añorado Padre Longpré publica su artículo muy documentado sobre Llull en el *Dictionnaire de théologie catholique* de Vacant et Mangenot. El Padre Longpré, franciscano, fallecido ya, presidió en Formentor, el primer Congreso internacional de lulismo organizado, con mucha competencia, por el Dr. Garcías Palou.

Este Congreso tiene una gran significación. Significa, como dijo el Profesor Carreras, la internacionalización del lulismo. Y es una buena cosa. Pero queda también mucho por hacer, por dar a conocer el pensamiento luliano - quiero decir: dar a conocer el pensamiento luliano verdadero, auténtico a través del mundo y en Francia en particular.

Para muchos Franceses, el Beato es un alquimista o un personaje extravagante. La tarea, pues, no está acabada. Es menester dar a conocer a Ramón Llull a la mayoría. Por esto, es necesario enseñar, escribir, publicar: enseñar el pensamiento luliano, escribir sobre Llull y su doctrina, publicar las obras del gran Mallorquín. Tarea inmensa, pero también tarea exaltadora. Pues, es cierto que Ramón Llull, muerto hace más de seis siglos y medio, merece vivir largo tiempo otra vez, mientras haya hombres en la tierra. Su obra debe ser difundida a través el mundo.

Armand Llinarès (Grenoble).

Este artículo está tomado literalmente del texto de la conferencia pronunciada por el Prof. Llinarès en el Círculo Mallorquín (Palma de Mallorca) el 11 de mayo de 1967.